



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

ANNA

por **JULIANA PÉREZ SALAS**

Anna

Es lunes por la mañana, y la obligación oficinista me despierta antes de que suene el despertador. El café con leche vencida sabe a un desolado y caluroso primero de enero en la ciudad desértica, igual que el último cigarrillo de un atado de veinte que ya no sabe a nada.

Tomo el primer vestido que veo y lo dejo caer sobre mi cuerpo, como una extraña caricia matutina. Plata, llaves, documento, pañuelo, encendedor y salgo.

La decadente avenida me lleva hasta el trabajo, mientras las miradas de quienes la transitan me cuentan sus historias. Me distraigo con esa persona que acaba de separarse y está en juicio por la tenencia de sus hijos. O aquella otra, que anoche tuvo su “primera vez” y lo quiere gritar a los cuatro vientos en el primer recreo. Y entonces la miro a ella, que no me cuenta nada. Está sentada ahí. Pasa inadvertida entre la gente que ingresa apresurada al banco. Lleva puesto un sobretodo y una sonrisa garabateada en el rostro. Me sostiene la mirada pero sigo mi camino.

El día se desvanece entre expedientes tardíos y alguna que otra llamada equivocada.

La semana se consume, como ese cigarrillo que olvidé fumar aquella mañana.

Es lunes otra vez. No hay tiempo para la distracción del café desolado y el cigarrillo insípido. Tampoco para la caricia matutina. Me visto apresurada y salgo. Plata, llaves, encendedor y el pañuelo ya usado. Creo que olvidé el documento debajo de algunas facturas vencidas.

Camino la avenida, con pasos cortos y ligeros, mientras él me cuenta que le fue infiel a su esposa, y a pesar del remordimiento lo va a ocultar por temor a quedarse solo. También está ella, quien renunció a su trabajo para perseguir un sueño.

Y entonces la vuelvo a ver. Sigue sentada ahí, con su sobretodo. Sonriente.

Esta vez, me tomo diez minutos para observarla; para que me cuente su historia. Pero ella sólo me mira. Y me sonrío. Me acerco titubeando a su lado y me siento; con los nervios de una persona que va a pedir su primer crédito hipotecario. La miro sin pestañear y ella no se intimida. Le pregunto su nombre.

- Anna, con doble n - me responde.

Y nada más, sólo me mira y voltea su cabeza hacia un horizonte inexistente.

Su piel me recuerda la porcelana en la que mi abuela servía los raviolos del domingo. Blanca y elegante, pero resquebrajada por el paso del tiempo. Su voz es suave como el último sorbo de un té con miel; el sorbo que alivia ese dolor de garganta. Su mirada se mantiene inerte y distraída; hasta que los pájaros, confianzudos, se acercan a ella para alimentarse del alpiste en sus manos. Los mira y les habla. Pero sólo a ellos, no a mí.

Recorro con la mirada el sobretodo, que en algún momento fue azul, hasta llegar a sus pies y me encuentro con dos bolsas que rebalsan historias de nostalgia.

La obligación oficinista, recuerdo. Me incorporo con suavidad y, sin apartar la mirada de ella, me voy. Los meses se suceden, mientras los expedientes se atrofian y alguien llama de vez en cuando para hablar conmigo.

Lunes nuevamente. Hoy voy a hablar con Anna, me va a contar su historia. Vaciará sus bolsas sobre mí, pienso. Busco esa sonrisa perdida entre hipotecas y cobranzas, pero no la encuentro. Anna ya no está.

Me mantengo de pie durante unos minutos; inmóvil por fuera y aturdida por dentro. La espero, pero nunca llega.

Arrastro los pies por la avenida y dejo naufragar mi alma en las hojas ya caídas.

A los pocos pasos me detengo y decido volver.

Todavía quedan algunos pájaros revoloteando sobre viejos granos de alpiste. Me siento y les hablo, tal y como lo hace Anna. Por hoy abandono la obligación oficinista, para la cual soy prescindible, y me dedico a ser esa mujer sonriente.

En el camino de vuelta, pienso en comprar alpiste; mi mamá me enseñó que nunca debo llegar a un lugar con las manos vacías.

Hoy es martes. Llaves, pañuelo y un sobretodo; el otoño empieza a sentirse.

Me siento despacio, expectante. Parece que me estuvieran esperando. Ellos, los pájaros. Extiendo mis manos y sin una pizca de timidez se abalanzan sobre mí.
Los días se vuelven noches y los meses mutan el color.
Entre alpiste y miradas ajenas, empiezo a recordar quién soy.
Mi nombre es Anna. Con doble n.

© JULIANA PÉREZ SALAS
juliperezsalas@gmail.com